



55

[Álvaro Gómez de Castro]

Publica laetitia, qua Dominus Ioannes Martinus Siliceus Archiepiscopus Toletanus ab Schola Complutensis susceptus est. Compluti, Excudebat Ioannes Brocarius, [1546]. 4.º

Biblioteca Nacional de Madrid, R-28065.

El humanista Álvaro Gómez de Castro vivirá intensamente el acontecimiento del que nos ha dejado relación suficiente y de todo punto curiosa en esta obra. Merece breve presentación: toledano, de Santa Olalla (de ahí su firma en latín «Alvarus Gomecius Eulaliensis»), llegará muy joven a la villa de Alcalá de Henares, donde se formará hasta lograr la licenciatura en Artes y Filosofía en 1538. Aunque estudió igualmente Teología, interesa destacar que, en la fecha del acontecimiento que relata, era catedrático de griego, siéndolo hasta 1548. Los dos años siguientes los pasará en Blacos, en el camino de Soria a Burgo de Osma, desempeñando una capellanía, pero a partir de 1550 volveremos a encontrarlo enseñando griego, ahora en Toledo, en el Colegio de Santa Catalina. Allí, en la Ciudad del Tajo, falleció el 16 de septiembre de 1580, siendo enterrado en la catedral. Parte de su biblioteca puede consultarse en la Escorialense, dato que motiva el recuerdo de su revisión y corrección del texto de las *Etimologías* isidorianas por orden del mismísimo Felipe II. El intercambio de poemas, al final de la obra expuesta, entre el autor y Juan de Vergara, es todo un símbolo. Los papeles del excepcional erasmista, a su muerte, quedaron en poder de Gómez de Castro.

No planteó problema la elección de taller de imprenta en la villa. El de Juan de Brocar trabajaba en solitario en esas fechas, manteniendo

dignísimamente el prestigio de su padre, Arnao Guillén, y de su cuñado Miguel de Eguía. Al recorrer gustosamente esta obra llama la atención su marca tipográfica, en la que, dentro de un rectángulo aparece representada la lucha, en un paraje campestre, del alma (un hombre) contra el mundo, al que pisa, el demonio, que de él tira por detrás, y la carne (una joven) a la que trata de apartar de su camino. Sobre la escena, en el centro, aparece la cifra del impresor: I.B. Y sobre ésta dos ángeles sostienen una corona, ofrecida a quienes, según la leyenda incorporada en una cinta, «Legitime certanti».

El humanista dedica su obra al personaje de cuya presencia en la villa del Henares se apresta a dejar memoria, presencia motivada por el deseo de visitar más en concreto a las hijas de Carlos V, María y Juana, que allí se encontraban, y a la Universidad. El escudo xilográfico de la portada nos presenta a dicho personaje: Juan Martínez Guijarro (o Pedernales, se dice en otras fuentes), aunque emplea desde sus días de profesor en París como segundo apellido el de «Siliceo», aprovechando su apellido como símbolo de permanencia o reciedumbre, reflejando así su actitud vital, fruto de una peripecia difícil (aunque lograda) desde su nacimiento en el seno de una humildísima familia pacense (de Villagarcía) que viste al fin con un capelo cardenalicio, pudiendo hablar siempre de escalones subidos por méritos propios. En el intermedio entre esos acontecimientos, muchas privaciones junto a grandes esfuerzos por formarse, le llevarán a Llerena, cerca de su pueblo, y sucesivamente a Sevilla, a Valencia, a Roma y a París. Aquí aprenderá y enseñará, especialmente matemáticas. A Salamanca como docente llega después, siendo ya sacerdote; será luego canónigo en Coria; preceptor de Felipe II, después, y entonces se precipita ya su carrera: obispo de Cartagena, arzobispo toledano a la muerte de Juan Tavera, y cardenal en 1555. En Toledo morirá el 31 de mayo de 1557. Volviendo al escudo, aprovechemos las palabras de Francisco de Pisa, en su *Descripción de la imperial ciudad de Toledo* (Toledo, Diego Rodríguez, 1617): «Escogió como arma el nombre de Jesús. Lo puso en cifra en piedra blanca, que es el pedernal, el cual tocado con las oraciones de los cristianos que le invocan (que son los eslabones), saca lumbre y fuego, y la letra latina que esto declara dize así *Eximiunt tangentia ignem* y en castellano Pedernal me es toda cosa».

Si hay que buscar una justificación para este acontecimiento y esta publicación es necesario aludir al enfrentamiento, casi endémico, de los Arzobispos toledanos y de la Universidad por cuestiones de competencia. En los días de Tavera se había agudizado. Dicho Cardenal pretendió constituirse en Maestrescuela de la Universidad, para ejercer autoridad sobre la misma. Su muerte

en 1545 supuso un respiro en la tensa situación. Se reposó la tormenta de momento y por ello no se podía perder la oportunidad de la visita anunciada por su sucesor en la Mitra toledana, Juan Martínez Silíceo, para festejarle en términos eminentemente universitarios (arquitectura efímera, poesía mural, justa poética, incluso se ha dicho que se representó una comedia latina), aunque la presencia del Vicario y del Corregidor en los actos hace ver que no se trató de un acontecimiento puramente universitario. El futuro desmentirá los augurios de buena relación con la Universidad que en esta fecha manifestó el Arzobispo y quizás creyeron quienes se esmeraron en que la fiesta resultase propia, lucida y eficaz.

Si hay que definir esta obra hemos de hablar de una crónica típica de una cultura claramente visual y propagandística, que poco a poco se iba imponiendo, lo que supone que se encuentra a medio camino entre una relación de sucesos propiamente dicha y un libro de emblemas. Sirviéndonos de la palabras de Palma Martínez-Burgos García, aludiendo a la gavilla de grabados xilográficos que adornan la obra, podemos decir de éstos que «nos dan las secuencias de una cultura impresa y de una sociedad llena de imágenes. En ellos se mezcla una concepción moderna y erasmista de lo que ha de ser un buen gobernante con la alabanza de una personalidad cuyas cualidades pertenecen, casi por entero, a la mentalidad de esa Contrarreforma militante y omnipresente que caracteriza toda la centuria del XVI español, en la que el papel cada vez más importante del obispo -social, política y artísticamente hablando- se pone de manifiesto». Texto e imágenes constituyen un mensaje cristiano, que se sirve con frecuencia de un lenguaje mitológico y pagano. Pero en esta biografía, que a la vez es relación de sucesos, y parece un libro de emblemas, hay que señalar que no se logra plenamente este último propósito, por exceso de narración en muchas de las imágenes. La presencia más o menos directa del simbolismo del escudo del Cardenal, que antes se ha presentado, es una constante a lo largo del relato visual. No debe olvidarse, sin embargo, que el escudo del Cardenal Cisneros *versus* de su Universidad aparece en el verso de la portada. La puesta en relación de las hazañas de Cisneros y de las obras de Martínez Silíceo, silenciando los días de Tavera, el primero como paradigma, es manifiesta.

El ejemplar expuesto, encuadernado en pasta española, con el lomo cuajado, presenta el ex-libris y sellos de la Biblioteca Real. En el lomo aparece pegado un cuadrado de papel azul celeste, característica que se incorporó en la Biblioteca Real para distinguir los volúmenes pertenecientes a las «Bellas Letras».

Julián Martín Abad